

BIOGRAFIA Y BIBLIOGRAFIA DEL EXCMO. SR. D. LEOPOLDO PALACIOS MORINI

DE los hombres e instituciones del comienzo de nuestro siglo se han dicho muchas cosas, unas veces exactas, otras exageradas y algunas inciertas. Verdad es que, durante los primeros años del mismo, preponderó en todas partes una cierta despreocupación político-administrativa que dió lugar a multitud de sucesos desagradables: pérdida de las Colonias, plena quiebra de la Hacienda Pública y repetidos casi a diario perturbaciones y atentados en todas partes. Lo mismo en las Cortes que en la Universidad, que en los cafés y la calle, se reflejó un estado de espíritu público que, rebuyendo el estudio serio de los graves problemas pendientes, sobre todo los económico-sociales, se refugiaba en una dialéctica frívola, como puede comprobarse con la lectura del Diario de las Cortes, y, en general, en toda la prensa.

Al lado de tales manifestaciones reveladoras de una debilidad racial aparente, que se traducía en una falta de patriotismo, la clase obrera, por entonces inculta y violenta, apenas si pudo ser encuadrada por aquel hombre mediocre, pero gran organizador, llamado Pablo Iglesias, dentro de un programa nacional. Programa absurdo, si queréis, pero que en ciertos puntos coincidía con el de los católicos que por aquellos días (y hasta me atrevo a decir que aun después) fueron los únicos que se preocupaban de verdad de las cuestiones del trabajo como en cierta ocasión afirmó un agudo político que no solía equivocarse. Esto permitió que el viejo líder socialista fuera el predestinado a dar la voz de alarma de un modo estridente a una burguesía alegre y confiada, la cual, olvidándose de la fraternidad cristiana, veía cometer a diario infracciones enormes de los derechos humanos más elementales con absoluta impasibilidad. El hundimiento del tercer depósito, sepultando en sus escombros innumerables obreros, sin que al final nadie resultara responsable, fué algo francamente sistemático e incomprensible.

Claro está, que al lado de estos sucesos que en cierto

modo fueron beneficiosos como tremendos revulsivos, ocurrieron otros tan lamentables como el atentado a los Reyes, la Semana Trágica de Barcelona en 1909 y la muertes de Canalejas, 1912, y Dato, 1921, con las huelgas revolucionarias posteriores, que más tarde provocaron el Movimiento Nacional, cuando los actos subversivos atizados y dirigidos desde afuera, estruyeron a punto de bolchevizar España, y con ella a toda Europa. A este propósito es digno de anotarse que la cerrazón mental de los políticos extranjeros, era tan inocente o interesada, que todavía el año 1944, cuando Rusia tenía extendidos sus tentáculos para aprisionar entre ellos a cuantas naciones libres estaban a su alcance, protestaban contra la acertada política combativa del Caudillo por considerarla sectaria y equivocada.

Pero antes de llegar a esta situación, y del mismo modo que había ocurrido en otros países, sobre todo en Bélgica, Suiza e Italia, surgieron en España un grupo de hombres patriotas con distintas ideologías, muchos de ellos asesinados después (como el Padre Gato, don Alvaro López-Núñez, Isasa, Zancada, y otros) quienes, dándose cuenta de la verdadera situación del país y del mundo, comenzaron a preocuparse de estudiar el descontento producido por aquella indudable injusticia social que existía en España, preparando así las primeras disposiciones legislativas que la remediaran. Este fué el origen del Instituto de Reformas Sociales, la primera barrera intelectual que se levantó a la revolución inexorable que se operaba en todo el mundo, y pretendía llegar a España.

* * *

En aquellos primeros años del siglo, que coinciden con la fecha en que don Leopoldo Palacios, nacido en aquella culta capital asturiana, inicia su carrera, después de obtener el premio extraordinario, y da comienzo a su docente actuación en su famosa Universidad (en la que maestros como Guillermo Estrada, insigne orador y tradicionalista de la Constituyentes de 1869, Matías Barrio y Mier, rector que fuera de la Universidad carlista de Oñate y luego profesor ilustre de la Central, Víctor Ordóñez, insigne canonista, y otros más) se enlazó el menguado esfuerzo universitario de últimos del siglo pasado con el de las nuevas generaciones de profesores que más tarde habían de ser maestros eminentes; tales como los insignes Aramburu, Ureña, Altamira, Hernández Prida, Melquiades Alvarez, Sela, Pérez Bueno, etc. Fué allí, en Oviedo, donde Palacios sufrió la influencia directa de Leopoldo Alas, en aquel modesto ensayo de seminario a la moderna denominado "Escuela Práctica de Estudios Jurídicos y Sociales", donde figuraron Buylla, Aniceto Sela y don Adolfo Posada, reci-

biendo más tarde el eficaz refuerzo de don Rafael Altamira, Berjano, y Jové, etc., etc. Hombres todos de recto españolismo, pero abiertos a toda idea que pudiese ser utilizable con propósito constructivo y un sincero anhelo de superación, que surgía después de nuestras pérdidas coloniales.

Esto no quiere decir que en otras Universidades españolas, tales como las de Salamanca, Valencia y Sevilla, no existieran también por entonces conatos de resurgimiento e ilustres profesores, y sobre todo en las de Madrid y Barcelona; pero en ninguna de ellas se inició con más ímpetu aquella nueva modalidad pedagógica que trataba de incorporar por primera vez a la enseñanza de clásico de tipo teórico, la enseñanza práctica obrera, visitando los centros de trabajo, en especial las azucareras, las fábricas de loza y vidrio y las minas de carbón, conviviendo con los trabajadores, relacionando a los alumnos ricos y pobres sin distinción de clases ni procedencias, pues en ello estimaban consistía su mayor virtud.

No tiene duda que las aliciones sociales y pedagógicas de Palacios, por entonces joven, animoso, como se conservó siempre, aun cuando ya pasó a ser don Leopoldo, nacieron en las tareas de aquella modesta escuela denominada también "Extensión Universitaria"; tareas prácticas a veces, inspiradas en los métodos usados en Francia por Le Play y otros entonces muy en boga, ya que para muchos, por aquellos días, los estudios sociológicos, eran una novedad. Los alumnos de la Universidad ovetense que entonces publicaban una "Revista Popular", en estrecha camaradería con sus profesores, hacían viajes de recreo y estudio para conocer su país y en todos los viajes pocas veces faltaba don Adolfo Bruylla, uno de los hombres más modestos, pero también significativos de la misma, tanto por su bondad como por su ciencia, ya que representaba la conjunción de la sociología con la economía; más tarde entró a formar parte del grupo el profesor Aramburu. Pero no debemos olvidar que aquel ensayo modestísimo tuvo la suerte de contar con el aliento místico del inolvidable Clarín, que le impidió achabacarse, y que en él, como dice muy justamente otro gran colaborador de la misma, el ilustre don Adolfo Posada, fué donde "aprendió Palacios a sentir el llamado problema social", condición previa para poderle hallar solución.

Y este sentimiento ya manifestado por aquel joven escolar ansioso de saber y de enseñar, que colaboraba en varios periódicos de la Corte y se había distinguido luego de su primer viaje al extranjero redactando una documentada Memoria sobre las Escuelas Obreras que había visitado, se destacó en él con toda amplitud acompañando a la característica más importante de su vida y actuación: la de infundir al magisterio un caliente fervor humano, lo mismo en las enseñanzas ele-

mentales propias del obrero, que en las superiores destinadas a otras clases sociales con ideologías distintas, y algunas veces opuestas a las propias de los trabajadores. No debemos, por tanto, omitir que por entonces (principios de siglo), cuando se sucedían con impertinencia y machaconería las peticiones de éstos, solamente la palabra *obrero* ya significaba protesta, huelga o revolución, y como es natural, las otras clases de la sociedad, especialmente la aristocrática y una gran parte de la nueva burguesía enriquecida, rechazaban de plano todo lo que supusiera concesiones o privilegios a aquéllos, pues el propio marqués de Comillas, que hizo tanto por el mejoramiento de los obreros asturianos, era más partidario de dar que de conceder.

* * *

Ya doctor en Derecho el año 1899, Palacios funda la citada *Revista Popular*, pronuncia discursos, da conferencias y continúa su preparación sociológica, hasta que sale pensionado a Francia previa brillante oposición. A su vuelta, se le designa Catedrático Auxiliar numerario de la Universidad Central, y el dilema se le presenta claro: hay que ilustrar al obrero, cultivar su espíritu, redimirle e incorporarle a la vida de la Nación, o de lo contrario España está predestinada a la anarquía y el caos. Y esta es la idea que le guía desde que en 1904 había sido nombrado Auxiliar meritorio sin sueldo en el Instituto de Reformas Sociales, cargo al parecer insignificante, pero que ostentaron con él muchos ilustres profesores, tales como don Felipe Clemente de Diego, Adolfo Bonilla San Martín, Ribera, Pastor, y en el cual fué confirmado un año después como un reglamentario, nombrándosele Oficial en 1906. Ya entonces D. Leopoldo Palacios comienza a ser reconocido como uno de los jóvenes especialistas en cuestiones sociales, por lo que pronto se le designó Miembro de la Comisión encargada del estudio de la profunda crisis agraria de Andalucía; grave y penoso suceso, que en aquella magnífica y abandonada región se había suscitado como consecuencia del nuevo brote de unos viejos focos revolucionarios difíciles de extinguir, repitiéndose con este motivo sus viajes a la misma en varias ocasiones. Dos años más tarde, en 1908, vuelve a ser enviado al extranjero por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Ahora se dirige a Alemania en donde se dedicó con intensidad a estudios sociológicos, al lado de los ilustres maestros de la época, sobre todo alemanes, con muchos de los cuales, tal como Sombart, sostuvo después una gran amistad.

Uno de los temas que por entonces comenzaron a interesarle fué el de Seguros sociales, materia entonces poco conocida a pesar de los estudios del gran Maluquer, quien ya te-

nía trazados los cimientos del Instituto de Previsión para poder atender con él las necesidades del estudio y montaje de un instrumento eficaz que convirtiera en realidad la nueva legislación obrera, que hasta entonces iba surgiendo con un puro carácter teórico e inoperante. Pero no era sólo este el objetivo del interés de Palacios, sino que al mismo tiempo se preocupaba de conocer a fondo y en toda Europa el funcionamiento de las Universidades populares en que, como hemos visto, ya había intervenido apenas adolescente en Oviedo; preocupación que le permitió publicar con este título *Universidades Populares* aquel precioso librito, al parecer sin gran mérito, pero que llevaba en sí toda la ciencia y experiencia adquirida en la materia por el joven universitario, que desde sus primeros años de estudiante supo ponerse en contacto con los trabajadores, que también fueron sus maestros, como él decía. Pero el resultado de todo ello constituyó un fracaso; el libro en cuestión, triste es confesarlo, cayó en el vacío más absoluto a pesar de llevar en sí el germen de la semilla que sólo había de fructificar pródiga cincuenta años más tarde.

Un tanto desilusionado, pues Palacios era extremadamente sensible a la crítica y a la sanción popular (aunque procuraba disimularlo pues era hombre que sabía dominar su apasionamiento interno), en 1910 vuelve a Alemania y recorre algunas otras naciones a fin de conocer las medidas pertinentes para evitar el paro obrero que se inicia en todo el mundo como preludio de la primera Guerra Europea, recogiendo preciosos datos que le permitieron publicar otra obra, también nueva y de subido interés, a la que dió este mismo título: *El Paro Obrero*, y en la cual sentó las bases firmes de una serie de trabajos teórico-prácticos relacionados con la vida del trabajador fuera del trabajo; tema que Palacios procuró desarrollar con extraordinario acierto y constancia a lo largo de toda su vida. También a esta época corresponde su viaje al Congreso de Lugano, acompañado del ilustre maestro señor Cascón y Marín, representando a la Asociación Española para la Protección legal de los Trabajadores, viaje que dió como resultado, además de permitir hacer un acto de presencia oficial necesario en las reuniones internacionales de este tipo, la publicación de una Memoria del mismo, que señaló una etapa en la evolución y desarrollo del progreso social español y de la Legislación del Trabajo.

* * *

En 1912, y luego de haber intervenido con éxito en las reuniones del Segundo Congreso Internacional de Ciencias Administrativas, celebrado en Madrid, vuelve al extranjero; pero esta vez, y dando realidad a una idea que acariciaba en su

mente desde hacía mucho tiempo. lo hizo acompañado de un grupo de obreros. Atrevido ensayo del que en verdad nos complace hacer constar aquí su éxito completo, hasta el punto, de que tales viajes continuaron realizándose durante muchos años a pesar de que, como es de suponer; fueron muy combatidos por la incomprensión de un amplio sector español influyente en la política (y muchas veces preciándose de liberal) que propalaba el absurdo de que con aquellos viajes, además de un derroche inútil de dinero, se creaba un grave peligro, pues todavía prevaecía en España la idea de que el buen trabajador tenía que vivir en la ignorancia y reducir sus necesidades y la de sus familiares a las puramente físicas.

Este fué el origen de aquella Junta de Pensiones para Ingenieros y Obreros en el Extranjero, que indudablemente, se hizo perder a nuestros operarios (tan inteligentes como faltos de las enseñanzas precisas y aun de trato social) una gran parte de su rusticidad, adquiriendo una mayor cultura, notándose muy pronto en varias industrias de técnicas delicadas la influencia beneficiosa de tal modo de proceder. Pensar que todo aquello favorecía el contagio con doctrinas subversivas era un error manifiesto, pues al trasladarse lo mismo el ingeniero que el obrero español al extranjero, además del noble estímulo de emulación que les sacudía, a todos por igual, el asombro que les causaban algunos adelantos industriales, y por qué no decirlo, el patriotismo subconsciente hacían que todo el tiempo que duraban sus viajes les parecía poco para enterarse de cuanto desconocían, dejando a un lado, aunque sólo fuera por un momento, las preocupaciones políticas o sociales que tenían en España. Lo peligroso era cuando los *líders* extranjeros venían a España enviados, y muchas veces autorizados por los Gobiernos de entonces, de un modo tácito o expreso, no para hablar a sus compañeros españoles de adelantos industriales, sin educación cívica, sino pura y simplemente de intransigencias y reivindicaciones que prepararan la prevista revolución.

Por aquellos días dió la casualidad de que los problemas que se suscitaban entre nosotros en el mundo del trabajo se hicieron cada día más violentos, sobre todo en algunos centros industriales como Riotinto, en cuyas minas, como es sabido, de situación y condiciones particularísimas, ocurrieron sucesos desagradables. Con tal motivo tuvo que realizar Palacios diversos viajes en 1914, 1915 y después en 1920, como Delegado especial del Ministerio de la Gobernación, lo que le movió a publicar, como resultado de los mismos, una bien documentada Memoria en que estudiaba el difícil problema en todas sus facetas y con una gran objetividad; Memoria impresa por el Instituto de Reformas Sociales, a la que, como a la mayoría de los trabajos que por entonces publicaba este Cen-

tro, que fueron muchos y muy buenos, no se les dió la importancia que verdaderamente tenían. Todos estos viajes y trabajos le fueron premiados con el nombramiento de Vocal de la Comisión Asesora de Reforma Tutelar y Acción Educativa del Ministerio de Gracia y Justicia y algunas condecoraciones a las que ciertamente Palacios, demócrata verdadero, no concedía mucho aprecio.

* * *

Paralelamente a esta ininterrumpida labor social, y acaso empujado por la necesidad de defenderla y continuarla, Palacios, favorecido por algunos políticos destacados como Dato, Azcárate, el vizconde de Eza, Pedregal, que se daban cuenta de su valía y de la trascendencia de algunas de sus iniciativas, le llevaron al Parlamento, en el que inicia su carrera política siendo elegido Diputado a Cortes por el distrito de Villalpando (Zamora), en diciembre de 1915, aunque sin abandonar su inclinación fundamental hacia los temas pedagógicos sociales. En 1919 es nombrado Vocal del Grupo Escolar Cervantes, Jefe de la Sección de Cultura de Acción Social del Instituto de Reformas Sociales y Vocal de la Junta para la Extinción del Analfabetismo; Junta que se había creado en el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la que se perseguía un noble intento, que por desgracia no pudo alcanzarse por falta de ambiente. Ello no le impidió el que tuviera que intervenir en las huelgas de Elche y Peñarroya, en 1921, y en la de Oviedo y la Metalúrgica de Vizcaya, en 1922, ya como Delegado del recién creado Ministerio del Trabajo, ya como Asesor del titular del mismo, hasta que en abril de 1923 ocupó el cargo de Subsecretario de Hacienda.

Por fortuna la política, sobre todo la política entonces al uso de navajeo y compadrazgo, no logró apartarle de la ruta que se había trazado, y es lo cierto, que más que tan alto y apetecido cargo público, le satisfacía aquel otro modesto y más en consonancia con sus aficiones de Jefe de la Sección de Cultura del Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria; y sobre todo, el de Director de la Escuela Social de Madrid que ocupó más tarde, ya que en ella fué donde don Leopoldo Palacios, con la ayuda de don Pedro Sangro, cuando éste fué Ministro, realizó su verdadera obra esencialmente social y transcendente. Aquella para la que estaba predestinado y con aquel procedimiento suyo tan personal, mezcla de suavidad y tozudez, típicamente asturianas, que le permitió ir organizando los cursos y reuniendo en torno de ellos un grupo selecto de hombres ilustres, entre los que figuraban: Gascón y Marín, Eugenio D'Ors, Zancada, Sangro, Artigas, Ribera Pastor, Dantín, Bernaldo de Quirós, López Núñez, Mingarro, González-Rothwoss y otros. Una vez la Escuela ya en pleno funciona-

miento y con éxito completo, aunque en local poco adecuado (los bajos del antiguo Teatro Lírico, las "Catacumbas de la Cultura Social", según don Eugenio). En ellas él se reservó la Cátedra de Política Social que por entonces era disciplina nueva en España, y de la que parecían tener el secreto los alemanes.

Al finalizar el año 1925 fué nombrado Vocal de la Comisión para el estudio de "El buen empleo de los ocios obreros", otro de los problemas por entonces desconocidos entre nosotros, pero que también le preocupó durante mucho tiempo y con bastante intensidad. Con tal motivo dió conferencias e introdujo en España una gran bibliografía sobre tan interesante cuestión; pero por desgracia tampoco tuvo el éxito que él esperaba, sobre todo al tratar de concretarla en aquella interesante modalidad de la práctica de los "Huecos Familiares" que tenían tanta tradición española. El pueblo español todavía estaba muy cercano a los días absurdos de principios de siglo, cuando los toros y la taberna eran su principal derivativo dominical a pesar de aquellos dos Decretos con que La Cierva trató de ir contra ellos, perdiendo la batalla ante la protesta unánime de toda una gran masa de españoles que apenas sabía firmar, pero que invadieron de instancias el Instituto de Reformas Sociales; de aquel Instituto en que por el contrario, don Adolfo Posada ya había creado aquella poderosa herramienta de trabajo que fué la Biblioteca del mismo, por la que pasó toda la juventud intelectual de principios de siglo. Biblioteca que con posterioridad, al incorporarse el Instituto al Ministerio, pasó a ser dirigida por don Leopoldo Palacios, quien no sólo logró aumentarla y enriquecerla, sino que lo hizo de tal modo, que todavía hoy es una de las principales del mundo en su especialidad por la cuantía de sus fondos y lo acertado de sus compras.

Ya en febrero de 1926, fué elegido Académico de la de Ciencias Morales y Políticas y en septiembre del mismo año Vocal de la Comisión para coordinar la reglamentación y aplicación consiguiente de la Legislación de Trabajo por encargo especial del ministro del ramo, señor Aunós, en tiempos de la llamada Dictadura; dictadura puramente técnica y benévola, durante la cual España vivió en orden aquellos años en los que aquel General Primo de Rivera, con gran visión del porvenir y no menos del presente, empuñó el timón del Estado, dirigiéndolo hacia la realización de una seria política social, sin que ni los mismos trabajadores más directamente favorecidos por ella se dieran cuenta de su buen deseo. La labor que entonces realizó Palacios en colaboración con los Miembros del Consejo de Trabajo, en el que figuraban ilustres personalidades, cuajó en aquel primer Código de Trabajo que se promulgó, aunque también sin todo el éxito que merecía.

para contener el empuje de las ideas que nos venían del extranjero, y en especial de Rusia, la que tenía su mirada fija sobre nosotros desde que Trotski nos visitara en 1912.

En diciembre de 1927, don Leopoldo, como ya le llamaban familiarmente sus discípulos, fué designado Profesor de Derecho corporativo de la Escuela Social, pronunciando varias conferencias, en especial sobre Corporativas y otros problemas sociales y políticos de actualidad, intercaladas con nuevos viajes al extranjero, con motivo de su cargo de Asesor a título personal de la Sociedad de Naciones, hasta que en 1928 fué elegido Presidente de la Sección 1.^a de Derecho Internacional y Legislación Comparada, y publicó su magnífico estudio sobre los Mandatos Internacionales, favorablemente comentado con rara unanimidad por los especialistas extranjeros, y traducido a varios idiomas. A él siguió casi inmediatamente otro también notable sobre las Oficinas de Colocación en Alemania. Cerrando este fructífero ciclo aquella notable lección inaugural de Curso 1930 de la Escuela Social, en que señaló con gran acierto las dificultades de la misma y que completó más tarde, en 1935, con aquella otra que tituló: "Definición y Formación de las Escuelas Sociales en el Ministerio de Trabajo", con la que perfiló y completó su idea sobre las mismas.

* * *

Con posterioridad, y todavía antes del Movimiento, en junio de 1936, tomó parte activa en la Sociedad de las Naciones y en las reuniones de la Asociación de Francisco Vitoria, ocupó el cargo directivo de la Española del Progreso Social, y fué Miembro del Patronato del Instituto Nacional de Previsión, así como de otros organismos y sociedades, en todos los cuales dejó muestras de su espíritu ecuánime de los muchos y variados conocimientos que poseía unidos a su carácter siempre conciliador y a una dialéctica insinuante, cualidades ambas que le permitían casi siempre encontrar la solución oportuna a los conflictos.

Nos estamos aproximando al comienzo del fatídico 1936: son días de angustia en que hasta las inteligencias menos finas que la de Palacios se dieron cuenta de que España se acercaba a un momento crucial. El entonces pudo huir con facilidad al extranjero valido de su inmunidad diplomática, pero sin embargo permaneció aquí. El asesinato de Calvo Sotelo era el anuncio preñado para dar comienzo a la serie de horrores que habían de seguirle. Pocos días después estalló el Movimiento, ante la sorpresa de aquellos hombres de espíritu selecto y noble corazón, pero educados en el confiado liberalismo de su época, que nunca pensaron que las cosas podían llegar a tal extremo al desatarse la barbarie popular; aquello su-

ponía la ruina de toda la vieja ideología sustentada en principios que se creían sólidos, pero que de pronto cedían amenazando la ruina completa de las ideas básicas de convivencia humana, no sólo en España, sino también en algunos países; aunque nunca tan dispuestos como el nuestro para pasar rápidamente de la comedia a la tragedia.

Pronto entre nosotros, a una civilización egoísta impregnada de un grosero materialismo iba a suceder otra de puro carácter espiritual, nacida de unos principios cristianos y patrióticos que era preciso restaurar, so pena de la bolchevización del mundo. Don Leopoldo Palacios entonces, aun en medio de un ambiente adverso, no titubeó un momento en adherirse a la buena nueva, pues como muchas veces le escuché decir con un gesto ceñudo que no le era habitual: "Antes que internacionalista y liberal, soy español".

Desde luego en aquel régimen de intransigencia, esta postura le valió el recelo de algunos amigos, así como el sufrir varios registros domiciliarios y ser perseguido por los mismos obreros que no le conocían, así como por algunos discípulos que conociéndole no tuvieron inconveniente en detenerle en el Otoño del año 1937 y llevarle conducido a una de las checas más peligrosas de Madrid, la checa de Atadell. De ella pudo salir con vida por verdadera casualidad, pues el 90 por ciento no volvían a ver el sol, y trasladarse a Ginebra en donde prestó buenos servicios a la Causa Nacional, contradiciendo entre sus numerosas amistades y con su reconocida autoridad (sobre todo en la Sociedad de Naciones y en la Oficina Internacional del Trabajo), la falsa propaganda que aquí se hacía tergiversando los sucesos políticos y militares que iban ocurriendo, tanto por escritores españoles como extranjeros, la mayoría de estos últimos traídos a España subvencionados con este objeto.

Vuelto a Madrid una vez terminada la guerra, ya enfermo y casi imposibilitado a consecuencia de una caída desgraciada que hubo de ocasionarle la rotura de una pierna, y a pesar de su jubilación administrativa por haber cumplido la edad reglamentaria, continuó colaborando en la Academia de Ciencias Morales y Políticas en la que fué nombrado Vocal de la Comisión de Memorias, en el Instituto de España, y en la Comisión de Legislación Extranjera e Información Jurídica del Ministerio de Justicia, en cuya revista publicó entre 1947 y 1951 varios artículos de ciencia y erudición, destacándose entre ellos uno muy notable sobre el Derecho musulmán, demostrativos todos de los conocimientos que poseía de los problemas interiores de los pueblos orientales.

Únicamente, y como recuerdo de sus pasadas actividades, pronunció en la Escuela de Capacitación, hija legítima de la Escuela Social, una preciosa e inolvidable conferencia, que

fué como la despedida emocionada de sus antiguos alumnos renovados, que sentían por él una verdadera admiración como presos por los últimos reflejos intelectuales del ilustre pedagogo social que todavía no le faltaba una cita, ni equivocaba una fecha.

* * *

Esta es a grandes rasgos una pequeña biografía del excelentísimo señor don Leopoldo Palacios Morini, uno de los principales promotores de las Reformas Sociales en España. Cosmopolita y patriota, primer propulsor de la enseñanza obrera y jurista de mérito e internacionalista; hombre que supo hermanar la ciencia y experiencia unidas; profesor bondadoso y comprensivo a quien la muerte ha arrancado de entre nosotros cuando todavía podíamos esperar mucho de su consejo y de su pluma. Nos deja sin embargo, aparte de infinidad de artículos, una serie de obras escritas de diverso carácter, todas ellas reveladoras de una gran cultura y una claridad de inteligencia poco comunes al tratar las diversas materias en las que se reveló como maestro.

Pero para nosotros que le conocíamos y le tratábamos con intimidad, tanto en España como en el extranjero, lo que aumenta el sentimiento de tal pérdida irreparable, es que don Leopoldo Palacios Morini, buen profesor, buen amigo, buen compañero y excelente narrador, que vivió con intensidad los años más trágicos de este siglo en el centro de Europa y en el centro de España, en medio de guerras y revoluciones, conociendo en la intimidad a los hombres más importantes de su época, que luchó con denuedo para contener nuestra progresiva decadencia, de la que afortunadamente estamos repuestos, no se decidiera, como pensó muchas veces, a escribir sus Memorias, que seguramente hubieran tenido un extraordinario interés.

León MARTÍN-GRANIZO

Madrid, 12 V-1955.

He aquí la lista de sus principales obras:

- Universidades Populares*. S. f.
- Cajas Rurales y los Pósitos*. 1907.
- Oficinas de Colocación*. 1911.
- Conferencia de Lugano*. 1912.
- La Fundación González Allende de Toro*. Historia, documentos y noticias de una obra de enseñanza. 1915.
- La Sindicación obligatoria*. 1919.
- Dato como Político Social*. 1921.

- La Regulación Colectiva del Contrato de Trabajo.* 1912.
La Jornada de ocho horas en España. 1924.
El Contrato Colectivo y la Reforma Social. 1926.
Los Mandatos Internacionales de la Sociedad de Naciones. 1927.
Derecho Musulmán. 1946.
El principio de la Separación de Poderes. 1949.
El Estado de Israel. 1951.